

# Biblioteca-Films *dup*

Núm.  
288

INJUSTA ACUSACIÓN

25  
CTS.



MILTON  
SILLS

Natalie  
Kingston



# BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACÍA"

Redacción, Administración y Talleres:

**Calle Valencia, 234-Apartado 707**

Sdad. Gral. Española de Librería: Barbará, 16

**B A R C E L O N A**

AÑO VI

APARECE LOS MARTES

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

Núm. 288

FRAMED 1927

## Injusta acusación

Adaptación en forma de novela de la  
película del mismo título, interpretada  
por el gran artista de la pantalla

**MILTON SILLS**

*Exclusivas VERDAGUER*

*Consejo de Ciento, 290 Barcelona*

### REPARTO

El capitán Raúl Hilaire...	MILTON SILLS
El negro Moola .....	EDWARD PEIL
Florencia Laurens .....	NAT-LIE KINGSTON

**ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA**



Los periódicos habían comentado el proceso, dedicándole sendas columnas para satisfacer la curiosidad popular. El capitán Raúl Hilaire, según se desprendía de las sesiones del Consejo de guerra, era culpable por negligencia de la muerte de 500 soldados franceses en la acción de Saint B..., en abril de 1917. De las actuaciones y del sumario se desprendía que el infortunado capitán Hilaire, víctima de la fatalidad, se había limitado, como todo soldado, a obedecer las órdenes de sus jefes, y en especial la del oficial comandante, que le había ordenado avanzar a pecho descubierto. Mas en el acto del Consejo, el tal comandante declaró que aquéllas no habían sido sus órdenes, que Hilaire las había interpretado mal y que él era, en resumidas cuentas, el único responsable del desastre sangriento de que ahora se le pedía tan estrecha cuenta. Los periódicos, al publicar la última sesión del Consejo de guerra, relataban palabra por palabra



la trágica apelación a la justicia que hizo en sus últimas declaraciones el desventurado capitán.

—Ya sé—decía—que lo que aquí se persigue es que alguien pague este trágico error, pero yo juro por mi honor que el comandante me ordenó avanzar. He sido yo el elegido para el sacrificio; no puedo rebelarme contra el destino. Se me llenará de oprobio ante el mundo y mi nombre será deshonorado; pero yo jamás confesaré que soy culpable porque no cometí delito alguno.

Pasaron los días, se hizo público el fallo. Raúl Hilaire quedaba degradado. Abandonó el ejército y sólo pensó en emigrar. Dirigióse al Brasil y allí, en las explotaciones diamantíferas, creyó haber encontrado el olvido. Su carácter, franco, le granjeó pronto el respeto de sus compañeros. El gozaba al sentirse desconocido y olvidado, sin que nadie supiese de su pasado brillante un tiempo y doloroso al final de su vida militar. Particularmente, un negrito llamado Moola le fué interesante por ser precisamente el que recibía con mayor frecuencia los latigazos de los capataces. La explotación diamantífera estaba regida por Alfonso Laurens, que de carácter algo duro, era, sin embargo, hombre enérgico y apropiado para el trato con aquella gente. Por los días en que Raúl llegaba al Brasil, Laurens

estaba de fiesta. Su hija Florencia acababa de salir del pensionado y se maravillaba del aspecto típico y de la vida original que se llevaba en la pequeña población minera.

Entre los altos empleados de la Compañía se hallaba Arturo Remsen, de quien nadie conocía los méritos que hubiera contraído para ocupar el cargo que desempeñaba. A veces, trabajaba; pero casi siempre procuraba no hacerlo, bajo cualquier pretexto. Al llegar Florencia, Arturo creyóse en el deber de hacerle la corte. La joven, desconocedora del país, no desatendió las insinuaciones, puramente galantes, del alto empleado de la Compañía de su padre, aun cuando se hallaba muy lejos de corresponderle, ya que a las pocas palabras cambiadas con él, comprendió que no era el hombre destinado a despertar en su corazón la llama del amor. Arturo, sin embargo, no desmayaba en sus propósitos, comprendiendo en su ambición que su fortuna estaba hecha si enamoraba a la hija del director. Mas ella tampoco dejó de verlo así, y a cada declaración de amor, contestaba con una chirigota, que al calculador "Don Juan" le hacía el efecto de una ducha helada que apagaba sus entusiasmos matrimoniales.

Cierto día que Florencia se hallaba en el despacho de su padre hablando con Arturo, éste, que deseaba aventurar una nueva declaración de amor, le dijo:



—Señorita Florencia, desde que ha llegado usted a la explotación siento que sólo al lado de usted encuentro la felicidad y la alegría.

—¿Pero no habíamos quedado—le replicó con rapidez Florencia—que la única fuente de bienestar era para usted el trabajo y el velar por los intereses de mi padre?

—Cierto es; pero, a veces, el hombre necesita para su estímulo la dulce mirada de unos ojos de mujer—añadió en tono poético Arturo.

—Vamos, que aquí en este ambiente tan rudo las frases de manual de retórica no encajan ni están a tono con el decorado—dijo, riendo, la joven.

En este momento, entró Raúl, portador de un gran diamante, que entregó al señor Laurens, padre de Florencia, que se hallaba en un rincón del despacho trabajando en las anotaciones de la contabilidad, que eran su ocupación favorita.

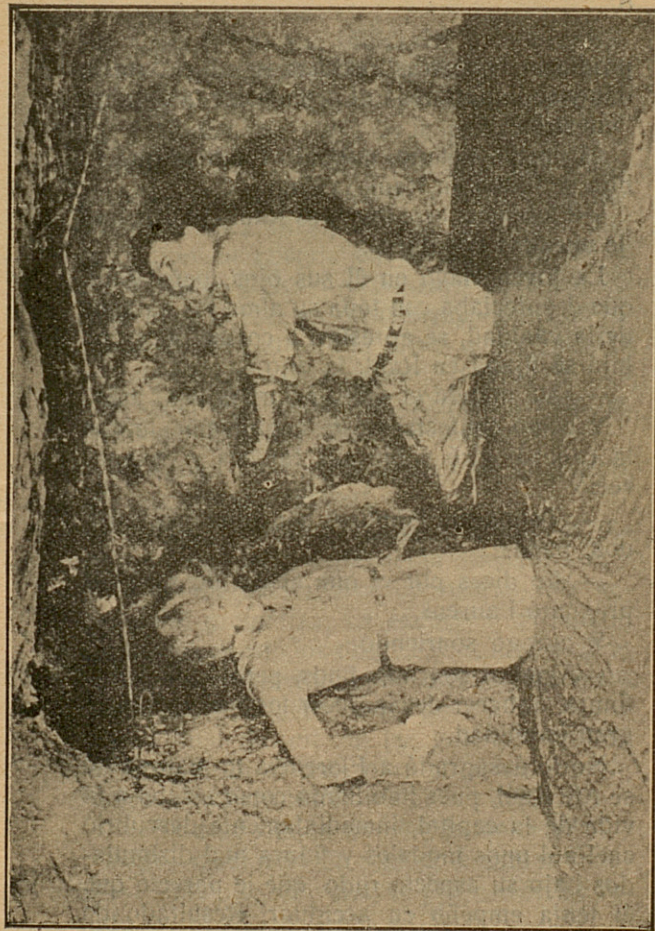
—Hermoso diamante—dijo Laurens. Y, dirigiéndose a Raúl, le preguntó:

—¿Dónde lo has encontrado?

—Señor—respondió éste—, uno de mis hombres me lo ha devuelto.

—¡Tendrá mucho valor—dijo Florencia—, pero a mí me hace el efecto de un trozo de vidrio y nada más!

—No es mal sistema de apreciar lo que



Sus brazos no descansan.



producen "nuestros" esfuerzos—dijo Arturo, dándose importancia al pronunciar la palabra "nuestros".

Al mismo tiempo, notando Laurens que su hija se fijaba en Raúl, la dió:

—Florenia, este joven es Raúl Hilaire, uno de nuestros capataces.

La joven clavó en él sus ojos, pero Raúl, que despreciaba con toda su alma los halagos de la vanidad, se apresuró a cortar la escena hija se fijaba en Raúl, la dijo:

—¿Me manda el señor Laurens algo más?

Y como contestara éste negativamente con la cabeza, giró sobre sus talones y desapareció.

—¿Todos tus hombres son igualmente rudos, papá?

—¿Lo dices por el que acaba de salir?—preguntó Laurens.

Y agregó sonriendo:

—Algunos son más finos, pero emplean su finura en hacer desaparecer los brillantes con gran habilidad.

No le desagradó a Florenia la manera de ser de Raúl, pues habituada como estaba a la vida de la capital, inmediatamente descubrió en Raúl unos modales y finura mal disimulados bajo su aspecto rudo, que le pareció que él tenía empeño en acentuar. Resultado de este examen y de las deducciones que hizo

Florenia fué el que súbitamente se interesara por los asuntos de las minas y no paró en su empeño hasta que su papá la autorizó a que realizara una visita de inspección.

Aquella vida era para ella toda una brusca revelación que le enseñó a amar a los humildes seres maltratados por la fortuna que escondían su miseria en las entrañas de la tierra como si les avergonzara su triste situación, a la que ya difícilmente podrían escapar. La llegada de la joven a las galerías en que se trabajaba desnudo provocaba los más graciosos incidentes, pues los capataces, al divisar a los visitantes, gritaban:

—¡Arriba los pantalones los de la galería 19, que vienen señoras!

Florenia seguía encantada de ver las diversas fases de la explotación diamantífera y cada detalle excitaba su curiosidad y la surría mil preguntas. La excursión al mundo del olvido, donde los desdichados arrastraban su horrible esclavitud, sólo comparable a las terribles penalidades de la Inquisición. Al llegar al final de una de las galerías, hallóse frente a Raúl, al que, para entablar conversación, ella preguntó:

—¿Es aquí donde termina la galería?

—Sí—respondió él con su habitual rudeza—. Puede usted volverse por donde ha venido...



Florencia sintió toda la inconveniencia que acababa de cometer; ella, una criatura toda frivolidad, al presentarse antes aquellos hijos del trabajo, que forzosamente habían de despreciarla al juzgarla de la casta superior a que sus explotadores pertenecían. La brusca respuesta de Raúl la causó impresión fortísima, pues pudo apreciar cómo para aquel hombre, tan hombre, nada significaba ella, a quien tanto adulaban sus interesados pretendientes.

Cuando ya desandaba todo el camino recorrido, sobrevino la catástrofe. Una de las periódicas invasiones de arcilla, en forma de un barro que avanza, obstruyendo y cegando las galerías, se había declarado súbitamente en la mina. Por todas partes sólo se oían gritos terribles:

—¡El barro! ¡El barro!

En efecto, Florencia y sus acompañantes, entre los que casualmente se hallaba también Raúl por haber ocurrido el contratiempo en el pedazo de galería en que él ejercía las funciones de capataz, se hallaban presos entre el final de la galería y la ola de barro, que avanzaba amenazando sepultarles, dándoles la más terrible de las muertes.

—¿Queda alguna esperanza?—preguntaban todos, llenos del más terrible pánico.

—Ninguna, a menos que tenga tiempo de

abrir un paso a la galería de arriba—dijo con pasmosa serenidad Raúl, a pesar de que no se le ocultaba el mortal peligro que todos corrían.

Más por salvar a los demás que por apego a la propia vida, se lanzó Raúl al trabajo con ánimo desesperado. Su pico, manejado con fuerza y con destreza, cavaba el camino de una problemática salvación. Sin embargo, la presencia de Florencia, que para él sólo era una mujer, le daba ánimos para seguir luchando a golpes de pico contra la muerte. Sus brazos no descansaban un instante y una especie de galería ascendente empezaba a iniciar un camino de salvación. Por allí pudieron, después de agrandarlo, escapar a la galería superior, considerándose salvos.

Todo se lo debían a Raúl, que, después del agotador trabajo, aún había tenido fuerzas para salvar a Florencia, tomándola en sus brazos. ¡Sus brazos, llenos de heridas, y sus piernas, desgarradas, daban fe de su heroísmo!

Pero su valor y su gesto noble y altruista le valió el pasar unos días en cama para restablecerse. Esto le tenía más contrariado que todas las penalidades que hubieran podido sobrevenirle. La cama, para un hombre cuya actividad era conocida de todos, constituía el más atroz de los suplicios.



Sin embargo, sabido es que las convalecencias son muy propicias a los momentos sentimentales. Raúl pensaba que mal le había ido la primera vez que se había encontrado con una mujer. En efecto, la catástrofe no había sido más oportuna... Solamente le había producido un bien. El padre de Florencia le llamó a su presencia y le dijo:

—Su comportamiento de la otra tarde ha sido sencillamente meritorio en extremo. Ha salvado usted la vida a mi hija y debo recompensarle. Queda usted nombrado ayudante del director.

—Agradezco en extremo la distinción—dijo Raúl—, pero no podré tomar posesión hasta dentro de unos días, ya que las heridas me obligan a guardar cama y sólo la he abandonado para acudir a su llamamiento.

Un solo temor asaltaba a Raúl. Que Florencia se hallara presente en la entrevista y en el estado lamentable en que forzosamente debía aparecer ante ella. Por cierto que una serie de pensamientos acudieron a sus mente. ¿Estaría enamorado de la joven, cuando tanto se preocupaba de la forma en que podía verle ella? Tal vez así sería, y en el espíritu sumido en las densas tinieblas de la injusticia de que había sido víctima ante el Consejo de guerra se disipaba por un momento para dar entrada a un rayo de luz. Volvióse trabajosamente a la cama. Ya instalado en ella y sin



¡Ah, asesino, ladrón, cobarde!



otro consuelo que la compañía de su fiel criado Moola, esperó la llegada del doctor.

Este, después de examinarle detenidamente, le dijo:

—No deje de observar que ha cometido usted una imprudencia abandonando el lecho, pero tenga usted paciencia y permanezca en cama todo el tiempo que yo le ordene. De lo contrario, tendré que decirle que su valor y su desobediencia corren parejas.

—Lamento no poder volver al trabajo tan pronto como yo deseaba, doctor; pero está demostrado que las mujeres me traen desgracia. Desde mi llegada no había visto una, y al encontrarme con la señorita Florencia, en la galería sobrevino la catástrofe...

—No sea usted pesimista. Gracias a este acto de heroísmo, que usted califica de catástrofe, se ha sabido en toda la Compañía explotadora que era usted un héroe.

—Por favor, doctor; las palabras de usted, lejos de envanecerme, me producen tristeza infinita.

—Dejemos, pues, la conversación y siga usted mis prescripciones. Pero no quiero dejar de hacerle a usted una advertencia: es fácil que ocurra otra catástrofe. Una señorita agradecida a su proceder generoso vendrá a visitarle.

—¿La señorita Florencia?—preguntó Raúl, intrigado.

—Sí—replicó el doctor, riendo maliciosamente.

Cuando el médico hubo salido, Raúl llamó precipitadamente a su criado.

—Corre, Moola, dame el espejo, toalla, jabón; no te entretengas, que he de afeitarme.

En la voz y en gesto de Raúl brillaba un sano optimismo juvenil, que sólo el amor puede proporcionar. Acordándose de su bella Francia, empezó a cantar:

¡Quand on aime  
on a toujours vingtans!

que en español significa, al igual que en francés, una eterna verdad: Que cuando se ama se tienen siempre veinte años.

—Los trastos de afeitarse—siguió ordenando a Moola.

Ante el espejo, fué encontrándose de nuevo. Parecíale tener exactamente los 20 años, cuando salía de la Academia militar, para ser destinado a su primer regimiento. Una triste mirada al espejo y de sus labios salió este exclamación:

—¡Hola, Raúl! Los años no pasaron; créelo así y serás feliz, ¡tal vez por última vez!

Luego, fijándose en el aspecto de Moola, le ordenó que se afeara algo, gritándole;



—¿No te da vergüenza presentarte así? ¿Crees que con ese medio pantalón y esa camiseta desgarrada puedes recibir visitas de cumplido?

Moola, al tratar de mejorar su indumentaria, se puso hecho un figurín, pero su aspecto era por demás cómico. Riendo estrepitosamente, Raúl tiró el jarro de agua que tenía junto a la cama y que la había servido para afeitarse y exclamó contrariado:

—Vamos, que siempre las mujeres me han de traer desgracia. ¡No quiero ver a ninguna!

—Ya que me llama usted, voy a entrar—dijo desde fuera una voz femenina, fresca y grata al oído de Raúl.

Era Florencia, que, precedida de una sirvienta que era portadora de un gran ramo de flores, penetró en la humilde estancia.

—Perdone, señorita—dijo Raúl—; pero este maldito barro no me deja ni reírme.

—Es admiración y no disculpa lo que yo tengo deseos de prodigarle—dijo Florencia.

Y, sin dejar que Raúl tomara la palabra, para sincerarse en su modestia le dijo nuevamente:

—Y le admiro, pero puesto que he oído hace poco que las mujeres le eran siempre portadoras de desgracia, me retiraré y no volveré a visitarle hasta que usted esté completamente restablecido.

—Calcule, señorita, que la inmovilidad a que estoy sometido, el aislamiento y lo imprevisto de su visita, me han producido en mi carácter, ya hosco de por sí, un malhumor que a veces no puedo refrenar.

—Lo comprendo—dijo Florencia—y no le hago a usted responsable. Ya volveré y, mientras tanto no abandone usted el lecho, le mandaré diariamente el ramo de flores.

—¡Como a una señorita o a una diva del "cinema"—exclamó Raúl, y quiso reír, pero la sberidas le obligaron a efectuar un guiño grotesco que a la joven le causó la mar de gracia.

Luego salió y sus pasos menudos y ágiles sonaron en honda melancolía en los oídos de Raúl.

Pasaron unos días y la cura iba ganando terreno, pues más que heridas graves, eran solamente, por lo muy numerosas, muy molestas y de lenta curación, lo que ponía a Raúl de un humor de mil demonios.

No tardó, pues, en presentarse la franca convalecencia, que tanto ansiaba el ex capitán y hoy oscuro minero.

Sabido es que tras una enfermedad, por poco larga que ella sea, el alma se sumerge en una serie de meditaciones que abonan el terreno al amor. En esta situación se hallaba Raúl. En sus primeros paseos, al abandonar el lecho, encontró en la dulce compañía y



amena conversación de Florencia este afán de espiritualidad, de belleza y de amor que es el más dulce acicate y motivo de la vida. Raúl se consideraba indigno del cargo a que el padre de Florencia le había ascendido. El, que tantas veces había arriesgado la vida en las trincheras, no juzgaba justo que por unos cuantos arañazos se le elevara a la categoría de héroe.

—Su papá se ha mostrado conmigo demasiado generoso; yo no merecía tan alta recompensa. Sólo con las visitas de usted me hubiera considerado pagado...

—No tiene usted derecho a destruir su vida; mejor dicho: la única probabilidad de su vida, por un necio orgullo... He adivinado en usted a un hombre que no ocupa el lugar que verdaderamente merece.

—Usted no sabe lo que la vida ha sido para mí. Sólo deseo pasar desapercibido, allí entre mis negros, en aquella especie de tumba que son las galerías.

—Esta ocasión la aprovechará usted y yo le exijo que luche para recobrar su verdadera posición o sólo merecerá mi mayor desprecio... ¡Con que elija usted! El hombre tiene el deber de luchar; sólo las bestias se conforman con esconderse y morir.

—Pocas cosas me interesan ya en este mundo, Florencia.

—Pues bien; nada más tenemos que hablar. Me alegro de que dentro de poco deba yo abandonar el Brasil para regresar a París en compañía de mi padre.

Estas enérgicas palabras de Florencia obraron como un galvanizador de la voluntad de Raúl, que contestó:

—Señorita, procuraré seguir sus consejos. Dele a su padre las gracias en mi nombre y crea que lamento el que mi desaliento haya producido en usted tan pésimo efecto.

Salió Florencia, contenta de ver que su manera de ser y su interés por Raúl habían sido, finalmente, advertidos por éste y creyó en que no tardaría en producir su beneficioso efecto. Llegó, por fin, la última noche en que Florencia permanecía en el Brasil, y la luna, como si quisiera despedirla, se había puesto su más claro vestido de plata. Casualmente, en este caso fortuito que siempre reúne a los que se aman, Florencia y Raúl se hallaron en el jardincillo que rodeaba las oficinas de la Dirección de la Compañía. Se miraron en silencio, como si temieran que al romper a hablar sus ideas opuestas hubieran de ser motivos de nuevas discusiones.

—¿Me promete usted—dijo Florencia—luchar como un hombre mientras yo esté ausente?

—Pero, señorita, ¿por qué ha de interesar-



se usted por mí si, en realidad, yo no merezco tanta atención por su parte?—replicó Raúl.

—¡Quién sabe!—añadió melancólicamente Florencia—. A nosotras las mujeres lo más difícil es interesarnos, y el que lo logra bien puede decir que tiene mucho adelantado en el camino de nuestro corazón.

—¿Entonces puedo abrigar alguna esperanza antes de que usted se marche?—preguntó Raúl.

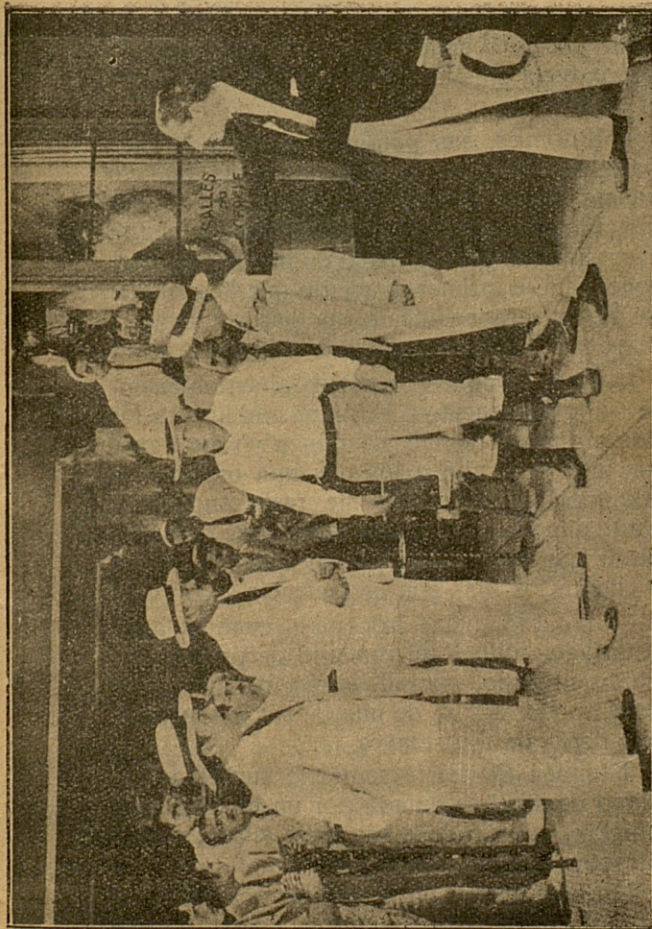
—Luche y no cese de lucha, Raúl—dijo Florencia, clavando en él sus ojos.

—Gracias, Florencia—añadió Raúl—. A usted se lo debo todo. Al leer en sus ojos la sinceridad de su interés, he vuelto a nacer a la vida, cuando ya pensaba sepultarme para siempre en el olvido de mí mismo.

—¿Para qué darse por vencido si la vida puede reservar aún bellos instantes de dicha?—dijo Florencia.

—Sólo el amor podría proporcionar esta dicha, y en verdad que no creo que nadie pueda amar a un fracasado como yo, a un hombre que ha sido separado de su brillante posición social—dijo con amargura Raúl.

—¿Quién puede asegurarlo?—dijo Florencia—. El amor gusta de lo imprevisto y de lo inaccesible. Le gusta vencer dificultades, ni-



A pesar de sus sinceras palabras, no fué creído.



velar clases sociales, dar un salto hasta lo que parecía más inaccesible. ¡Así entiendo yo el amor!

—Entonces, sus palabras me dan ánimos para revelarle mi gran secreto, del que yo mismo casi me avergüenzo... Yo le amo a usted, Florencia. Sí, la amo desde el día que la casualidad la puso a usted en mi camino. Entonces fué el primer momento que la realidad de mi mísera condición me pareció indigna entre mis ilusiones y mis posibilidades.

—Pues se equivocó usted lamentablemente—dijo Florencia—. El amor nos hirió a los dos al mismo tiempo y también yo me figuré que nos separaba a los dos una barrera infranqueable. Hoy sólo me resta suplicarle Raúl, que venga pronto a verme, que se acuerde de que allí en Europa hay quien le espera y cuenta los días con impaciencia.

—Iré, Florencia, iré; pero cuando haya triunfado—dijo Raúl con aire de profeta, erigido el pecho, mirando fijamente a su amada y apoderándose de una de sus manos, que ella dejó que aprisionara.

También Florencia sentía la suprema felicidad de sentirse amada por un hombre muy hombre, cuya rudeza era para ella el mayor atractivo.

La luna guiñó un ojo picarescamente, al tiempo que se ocultaba tras el cendal de una

nube, y Raúl, sintiéndose el triunfador de antaño, la enlazó por la cintura y, al par que la besaba repetidamente en el cuello y en los labios, le repetía en voz baja:

—¡Iré, sí, pero cuando haya triunfado!

Partió Florencia hacia la capital de la vida frívola, pero dejó su corazón prisionero en el Brasil. En tanto, Raúl, día tras día, aplicado al trabajo, secundando con inteligencia y honradez a sus jefes, iba prosperando, obteniendo como premio a su laboriosidad nuevos ascensos y aumentos de sueldo.

Pero alguien, en la sombra, laboraba contra Raúl. Era Arturo Remsen, el antiguo director, que no podía ver con buenos ojos que aquel hombre, antes indiferente por todo lo que no fuera trabajo corporal, se hacía el amo de la explotación por su actividad.

Mala consejera es la envidia, y cuando a ella se suman los celos, motivados por el desprecio que Florencia había hecho de Arturo, no es aventurado suponer en qué forma el rival de Raúl se aplicaba a la innoble tarea de preparar su venganza. En una explotación diamantífera, el peligro del robo es el más corriente. Las piedras preciosas ejercen su fascinación sobre aquellos desgraciados, y tampoco es raro el caso de jefes y encargados que huven con el valioso cargamento por otra parte fácil de esconder.



Todo esto lo sabía Arturo Remsen. Cierta noche, cuando en uno de los departamentos de las oficinas se hacía el recuento de los diamantes encontrados, operación que siempre inspeccionaba personalmente Raúl, de pronto se apagaron las luces y un hombre penetró, a favor de la oscuridad, apoderándose de uno de los brillantes de mayor tamaño. Raúl, en las sombras, luchó con él y hasta le pareció que su cuchillo rasgaba una de sus manos... Cuando se lograron encender las luces, el ladrón había desaparecido. Inmediatamente se puso Raúl a efectuar las primeras pesquisas. Cuando salía de la habitación donde se había cometido el robo tropezó con Arturo Remsen y observó que tenía una herida en la mano.

—¿Se ha herido usted en la mano?—le preguntó.

—No es nada—respondió Arturo—. Ha sido un rasguño al limpiar mi camareta.

—¿Tiene usted un fósforo?—dijo Arturo para desviar la conversación.

—Tome usted—dijo Raúl, alcanzándole la caja y dejando que tomara los que quisiera.

En esto Raúl se distrajo, al ver que entraba el director, quien, acto seguido, le preguntó:

—¿Tiene usted algún indicio para detener al ladrón?

—Ninguno, señor; pero a juzgar por la mano que tuve entre las mías, se trata de un hombre blanco, aun cuando no tengo todavía una prueba concluyente.

—Téngame al corriente de todo—dijo el director a Raúl y se alejó.

Arturo había presenciado la escena, y por la conversación sostenida, temía que Raúl pudiera descubrirle... Pero ya había tomado él sus medidas. Al pedirle la caja de fósforos había introducido en ella el brillante robado. Ya tenía el malvado Arturo la primera mitad de su malvado plan. Inmediatamente fué a dar cuenta a la policía de que Raúl Hilaire era el autor de la sustracción de una piedra de gran valor. No tardaron en presentarse los agentes y Raúl fué detenido. A pesar de sus sinceras protestas de inocencia, el hecho de que se hubiera encontrado el brillante robado en su caja de fósforos fué una prueba concluyente.

—Soy inocente—gritaba Raúl. Fué Arturo quien me pidió la caja e introdujo en ella el brillante. Por eso, al registrarme, ha sido encontrada encima de mí. ¡Si él lo ha hecho al ver que yo hubiera podido acusarle a él por la herida de la mano! ¡Arturo es el culpable, no yo!

Mas nadie le hizo caso. La hipocresía de Arturo le permitía fingir admirablemente su papel... Por segunda vez en su vida, Raúl iba



a ser víctima de una injusta acusación, que le alejaba para siempre de la felicidad soñada.

A los pocos días, celebrado el juicio que le condenaba a cinco años de cárcel, Florencia recibió una carta.

Decía así:

"Florencia: Cuandos recibas estas líneas yo habré salido para el penal de la Colonia, condenado a cinco años de trabajos forzados, por un delito que no he cometido. Te dejo en libertad. Olvídame, ya que veo que en el juego de la vida las cartas me han fallado siempre. Fuí un imbécil al hacerme la ilusión de que la suerte podía variar.

RAUL HILAIRE"

Grande fué el desconsuelo de la hermosa joven al recibir esta carta, mas no por ello perdió su fe en el hombre que amaba, y que había encontrado tan distinto de los demás que había conocido. Ya pasaría el tiempo y lograría Raúl demostrar su inocencia. En efecto, cinco años en un calabozo de la Penitenciaría eran un suplicio enorme. Pero Raúl contaba los días, esperando que la luz de cada nueva aurora que se filtraba a través de las rejas de su celda le traería la revelación de su injusta acusación. Su único tesoro entre aquellos inmundos pudrideros humanos

eran unos gramos de quinina, con los que podía luchar contra la fiebre.

Cierto día llegó a la Penitenciaría un nuevo huésped. Al varle Raúl, creyó, por vez primera en su vida, que la justicia no había desaparecido del todo de la capa de la tierra. Era Arturo Remsen, que, al cometer un segundo robo de brillantes, había sido descubierto y encarcelado. Sin embargo, esto, por sí solo, no era causa bastante para que le pusieran en libertad a él. Arturo, en su odio por Raúl, no quiso confesar la culpa en toda su extensión para que resaltara la inocencia de Raúl. Empero, poco tardó la fiebre en hacer presa en su organismo, sumido por la fiebre. En el delirio agotador, Arturo sólo pronunciaba el nombre de Florencia. También Raúl estaba en la enfermería y oía a Arturo:

—Florencia, te amo—decía—. Nunca serás de Raúl ¡Nunca!

—¡Ah, asesino, ladrón, cobarde!—decía, casi sin poderse contener, Raúl—. ¡Señor! ¿De modo que por celos me has acusado? ¡Pero no tendrá la quinina, que podría salvarle!

Pero la voz se secaba en la garganta de Raúl, y para poder seguir comunicándose con Arturo, le escribía en un pedazo de papel, diciéndole:

"No queda un átomo de piedad en tu alma? Sé bueno, que aún Dios puede mostrarte





el camino de la felicidad." Pero a estas palabras ya no podía contestar Arturo. La fiebre le dominaba y no podía siquiera tomar la pluma para escribir.

—No puedo—decía—no puedo. Llamen a un guardia; sólo puedo articular débilmente.

Raúl llamó, y el cabo de los guardianes que estaba al cargo de la vigilancia de la enfermería acudió presuroso para prestarles auxilio. Era, tal vez, demasiado tarde. Arturo se hallaba en plena agonía y su cara reflejaba el más siniestro espanto. Diríase que al verse cerca de la comparecencia, ante el Juez Supremo, le asustaba el peso de su culpa. Por fin, haciendo un esfuerzo supremo, ayudado por el guardia y por Raúl, pudo decir:

—Raúl es inocente; el robo lo cometí yo. El inocente. En esta hora suprema se dice... la... ver... dad...

—¿Lo ha oído usted bien?—gritó Raúl lleno de alegría—. Dos años llevo padeciendo por una culpa ajena...

Acudió el resto del personal de la enfermería y todos pudieron actuar como testigos de que Arturo Remsen había declarado la inocencia de Raúl Hilaire.

Resueltos los trámites legales, Raúl abandonó la tumba que para él hubiera sido la Penitenciaría y corrió hacia el puerto, embarcándose en el primer trasatlántico que salía para Europa. Ya había llegado a París, pre-



cediéndole la noticia de su inocencia. Florencia había vestido su alma de fiesta para acudir a la estación.

Tras los años de espera y lucha, por fin, iba a sonreírle la felicidad. En lo alto del puente del trasatlántico, cuyo capitán quería fraternalmente a Raúl, a quien había visto combatir como un león, saludaba a su amada, cuya graciosa silueta adornaba en el muelle. No se equivocaba el que, después de tantas vicisitudes, regresaba a la madre patria. Allí estaba Florencia, con un beso en sus labios temblorosos y una lágrima brillante en sus lindos ojos.

Cuando saltó a tierra, Florencia le esperaba con los brazos abiertos. Era el olvido que le brindaban aquellos labios de mujer... Raúl juntó los suvos, apasionados, a los dulces y ansiosos de Florencia... Era el eco de aquel beso primero cambiado en las bellas tierras del Brasil.

No en balde en la espera el amor había crecido hasta asomarse a las bocas que, afanosas, se buscaban, para libar el néctar de la vida, única compensación a las amarguras de nuestra mísera existencia.

En el reloj del templo había sonado, para Florencia y para Raúl, la hora de la felicidad suprema.

FIN

# ZANEMANIA

REVISTA  
MUSICAL  
ILUSTRADA

Números extraordinarios

60 céntimos

- Num. 1 - BSTA NOCHE ME EMBORRACHO  
LA INGLESTA. Agustín Irusta.
- Núm. 2 - EL CARRERITO :: POMPAS DE  
JABÓN. Lucio Demare.
- Núm. 3 - NIÑO BIEN :: AVE NOCTURNA  
Roberto Fugazot.
- Núm. 7 - BARRIO REO :: ALAS  
Irusta - Fugazot - Demare.
- Núm. 9 - LA CIEGUITA :: SILBIDO. Gardel.

Números corrientes

40 céntimos

- Núm. 4 - LA REJA. Marcucci.
- Núm. 5 - MIS LO OS SUEÑOS.  
Eugenia Galindo.
- Núm. 6 - VIDALITA. Bachicha (J.B. Deambrogio)
- Núm. 8 - ARRABAL. May Turganova.
- Núm. 10 - LLEVÁTELO TODO. Gliberti.
- Núm. 11 - CARNE DE CABARÉT  
Imperio Argentina.

— Pedidos a —  
BIBL. OTECA FILMS, Apartado 107 - Barcelona  
Servimos números sueltos y colecciones completas, previo  
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos  
para el certificado. Franqueo gratis



---

---

**OIGA!...**

Estos son los  
mayores éxitos:

**TANGOS ARGENTINOS**  
BIANCO BACHILIA  
MARCUCCI  
LO MEJORES TANGOS  
IMPERIO ARGENTINA  
SPAVENTA  
LINDA THELMA  
MANUEL BIANCO  
CARLITOS GARDEL  
PEPE COHAN  
SOFIA BOZAN  
CATULO CASTILLO  
ERNESTO FAMA  
JULIO DE CARO

---

---

Cada librito contiene 2 tangos modernos diferentes  
**PRECIO DEL LIBRO: 30 céntimos**

---

si no los encuentra en su localidad  
PIDALOS ANTES DE QUE SE AGOTEN A  
BIBLIOTECA FILMS.-Apartado 707.-BARCELONA  
que remitiendo el importe más cinco céntimos  
en sellos de correos, se los enviará en eluida



# Coleccion Ud. la Selección de FIMLS DE AMOR

50 céntimos

TITULO	PROTAGONISTA
El templo de Venus .....	M. Philbin
Sacrificio .....	Fay Compton
Las garras de la duda .....	Leda Gis
Ruperto de Hentzau .....	Lew Cody
La esposa comprada .....	Alice Terry
El juramento de Lagardère .....	G. Jacquet
Buda, el Profeta de Asia .....	Himansu Rai
La princesa que amaba al amor ...	A. Manzini
La hija del Brigadier .....	Nora Gregor
La mujer que supo amar .....	J. Barrymore
La fiera del mar .....	Doris Kenyon
Fausto .....	E. Jannings
La que no sabía amar .....	A. Moreno
Una aventura de Luis Candelas ...	M. Soriano
Cuando los hombres aman .....	F. Dhelie
El caballero de la rosa .....	J. Catelain
Los cadetes del Czar .....	Irene Rich
Los amores de Manón .....	Dolores Costello
Valencia .....	M. Baldaicín
La tragedia del payaso .....	G. Ekman
El cuarto mandamiento .....	Mary Carr
Odette .....	F. Bertini
Titánic .....	G. O'Brien
Flor del desierto .....	Vilma Banky
Lances del querer .....	N. Shearer
Entre el amor y el deber .....	R. Novarro
La vida privada de Helena de Troya.	R. Cortez
La rosa de California .....	Luis Alonso
Noche trágica .....	Jacobini
La frágil voluntad .....	Gloria Swanson
El jardín de Alá .....	Alice Therry
Tres pecadores .....	Pola Negri
La espía de la Pompadour .....	Liane Haid

## SOLICITAMOS CORRESPONSALES

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para la correspondencia.

Biblioteca Films-Apartado 707.- Barcelona